

CON MOTIVO DEL HOMENAJE AL PROFESOR DON JULIO BOZA LÓPEZ.

Intervención de la Dra. D^a M^a Remedios Sanz Sampelayo.

Preparando la celebración de este acto, se me encargó la tarea de decir unas palabras referentes más bien, a aspectos colaterales de la personalidad científica y humana del Profesor Boza (nuestro Julio), aspectos captados por mí a lo largo de la extensa etapa de trabajo que hemos compartido. Desde mi ingreso en el entonces, Departamento de Fisiología Animal de la Estación Experimental del Zaidín, en septiembre de 1969, hasta ahora, ha habido tiempo suficiente y ocasiones diferentes por las que hoy creo, que lo he llegado a conocer bastante bien.

Lo primero que quiero decir es que lo que paso a comentar son aspectos de su personalidad totalmente ciertos, que todo el que lo conoce de verdad, reconocerá como tales, es decir, ninguno de ellos se debe a que estamos en uno de esos momentos de alabanzas obligatorias que tiene la vida.

Aunque en cierto modo ya se ha dicho, quiero volver a resaltar la capacidad de trabajo y de ilusión que siempre ponía no sólo en lo que hacía sino también, en lo que se programaba para hacer. Esto en una época en la que los medios para investigar no es que fueran escasos sino que a veces eran prácticamente nulos. Julio conocía, debido a su colaboración desinteresada, a ganaderos, industriales, a distintas personalidades, y en vez de aprovecharse de ello a nivel personal, hacía que nos aprovecháramos todos para poder hacer lo que queríamos. Cualquier contrariedad en este sentido, lo ponía en acción tratando de arreglar el entuerto. Quiero en este punto recordar un comentario escuchado en una película que vi hace tiempo, y que me llamó la atención. Se trataba de un profesor de literatura española en una Universidad norteamericana. Acababa de explicar la figura de Don Quijote y después de la clase en charla con sus alumnos, uno de ellos se preguntaba cómo podía el tal Don Quijote creerse un caballero andante, a lo que el profesor contestó: porque se comportaba como tal. Este es el primer aspecto que me llamó la atención de él, el que se ha mantenido constante durante todos estos años, y el que tendrá que seguir manteniéndose.

Junto a la admiración por su capacidad de trabajo está la de su capacidad de estudio, estudio verdadero y profundo, afán por saber de todo, facultad ésta tan escasa en el hombre de ciencia. Cualquier persona conocedora de los medios existentes, sobre todo al inicio de su actividad profesional, así como del trabajo que conllevan los estudios en nutrición animal, y de los virajes que la dirección de éstos ha ido exigiendo y Julio ha ido siguiendo sin dificultad, no puede por menos que sentirse impresionada por su historial. Por todo esto, además de la gratitud y del cariño de todos los que trabajaron contigo, un día

sin duda, se te dirá: *“muy bien, siervo bueno y fiel, puesto que has sido fiel en lo poco, Yo te pondré al frente de mucho, pasa a la fiesta de tu Señor”* (Mt 25, 14).

El compartir, gozar y sufrir, los avatares del tipo de trabajo que nos tocó realizar, dio lugar al nacimiento en muchos casos, creo ser uno de ellos, de una gran amistad. En este sentido, con razón se nos dice: *“el amigo fiel no tiene precio”* (Eclo 6, 15; 7, 18) porque *“ama en todo tiempo”* (Prov 17, 17) y *“hace la vida deliciosa”* (Sal 133; Prov 15, 17). Por tanto y a pesar de todos los pesares, hoy no tengo más remedio que sentirme contenta y orgullosa de la elección de ejercicio profesional que un día hice. Quiero en este punto citar un comentario que en plan de broma y ante ciertas dificultades de nuestro trabajo, yo le repetía constantemente a Julio, en el sentido de que la culpa de todo la teníamos sólo nosotros, pues podíamos estar los dos, ganando mucho dinero en una botica (yo soy farmacéutica y Julio veterinario y farmacéutico). Sin embargo preferimos, ¡tontos de nosotros!, ser investigadores, para que así nuestras madres (no sé por qué excluíamos a los padres de este comentario), pudieran sentirse orgullosas y decir: mi niño o mi niña, son investigadores científicos. En mis tiempos de estudiante de farmacia, corría una sevillana que decía: te quiero por ser quien eres, no por ser de casa rica, ¿pa qué quiero tus dineros teniendo yo mi botica?.

Como he dicho al principio quiero que estas palabras sean totalmente auténticas y veraces, indicando que también en ciertos casos surgieron discusiones entre nosotros, las que le producían tal remordimiento, que al poco tiempo lo veíamos situado en la posición contraria a la que en un principio defendía. Recuerdo en cierta ocasión que se estaba terminando de redactar una memoria de tesis doctoral de un colega chileno, y pedimos a Julio que nos hiciera la introducción de la misma. Cuando la leímos (hablo en plural refiriéndome no sólo a mí sino también a otro discípulo de Julio, nuestro querido amigo José Emilio Guerrero, el que hoy, por supuesto, está aquí con nosotros), tuvimos la desfachatez de concluir que no nos gustaba pues se aludía en demasía, a nuestro entender, al país de origen del doctorando. Decidimos que había que decírselo y, no sé quién fue de los dos el que al final lo hizo. Julio se enfadó muchísimo y llegó a decirnos que no le hiciéramos perder el tiempo y que si sabíamos hacerlo mejor, que lo hiciéramos nosotros. Ante esta reacción en cierto modo esperada, tuvimos la osadía de reírnos (puede dar fe mi cómplice), cambiar dicha redacción y ponérsela de nuevo en su mesa para que la corrigiera. De igual modo, sin vernos, se nos devolvió a los pocos días, con algunas pequeñas correcciones y con el comentario final de: perfecto.

Este es nuestro Julio; una persona inteligente, trabajadora, ocurrente, que nace en Sevilla, estudia en Córdoba y vive en Granada. Es decir, un andaluz de pro, con sus virtudes y sus defectos, como tiene que ser. En cierta ocasión

refiriéndome igualmente, a la personalidad de un amigo, dije que el participar, hasta un cierto grado, de algunos defectos, hace a las personas, en cuanto que las obliga si son sinceras, a no creerse perfectas, mucho más humanas. El prototipo de persona que se cree perfecta resulta insoportable, tanto por la soberbia que su creencia implica como por la incapacidad de comprensión que su actitud desarrolla.

La persona humana, es decir con virtudes y defectos, pero esencialmente buena, evoluciona resultando cada vez mejor, concediéndosele con el tiempo, una nueva y gran virtud: la serenidad. Esto es lo que sin duda, ha ocurrido con nuestro Julio. Una serenidad no entendida como indiferencia. La serenidad, como bien tu sabes, es solo una actitud, no una descalificación, ni una jubilación.

Quiero mi querido Julio, hacerte ver finalmente, lo extraordinario de la nueva situación en la que entras, y lo voy a hacer con palabras de mi paisano Antonio Gala, refiriéndose a la hora del día en que terminada la tarea, se vuelve a casa. *“Fuera se ha quedado la agresividad y la competitividad que nos devora como un cáncer. Cerca sólo permanece la intimidad, la certeza de algún pequeño gozo, del sorprendente placer cotidiano, del habitual milagro de estar vivos que poco agradecemos, y el de estar en compañía. Junto a nosotros los menudos valores que nadie se atrevería a cotizar en bolsa. Sobre todo, el acuerdo con uno mismo y el olvido, a veces tan difícil, de los desacuerdos que el día ha provocado. Lejos el virus del oro, que enrigidece nuestras arterias y nos infarta el corazón, y el de la palabra amenazadora. Dejémoslos fluir: ni el oro ni la palabra se inventaron para destruirnos, sino para vincularnos y embellecernos. Cuanto no era esencial, cuanto no era rotundamente nuestro debe desaparecer a esta hora. Quédese el perfume, pero no la flor seca”.*

“Se ha hecho el silencio. A penas percibimos las sonoras esquirlas de otras vidas. Por fin se hizo el silencio. Por fin está la casa sosegada”.

Que, como tú siempre dices, Dios te bendiga, amigo.

